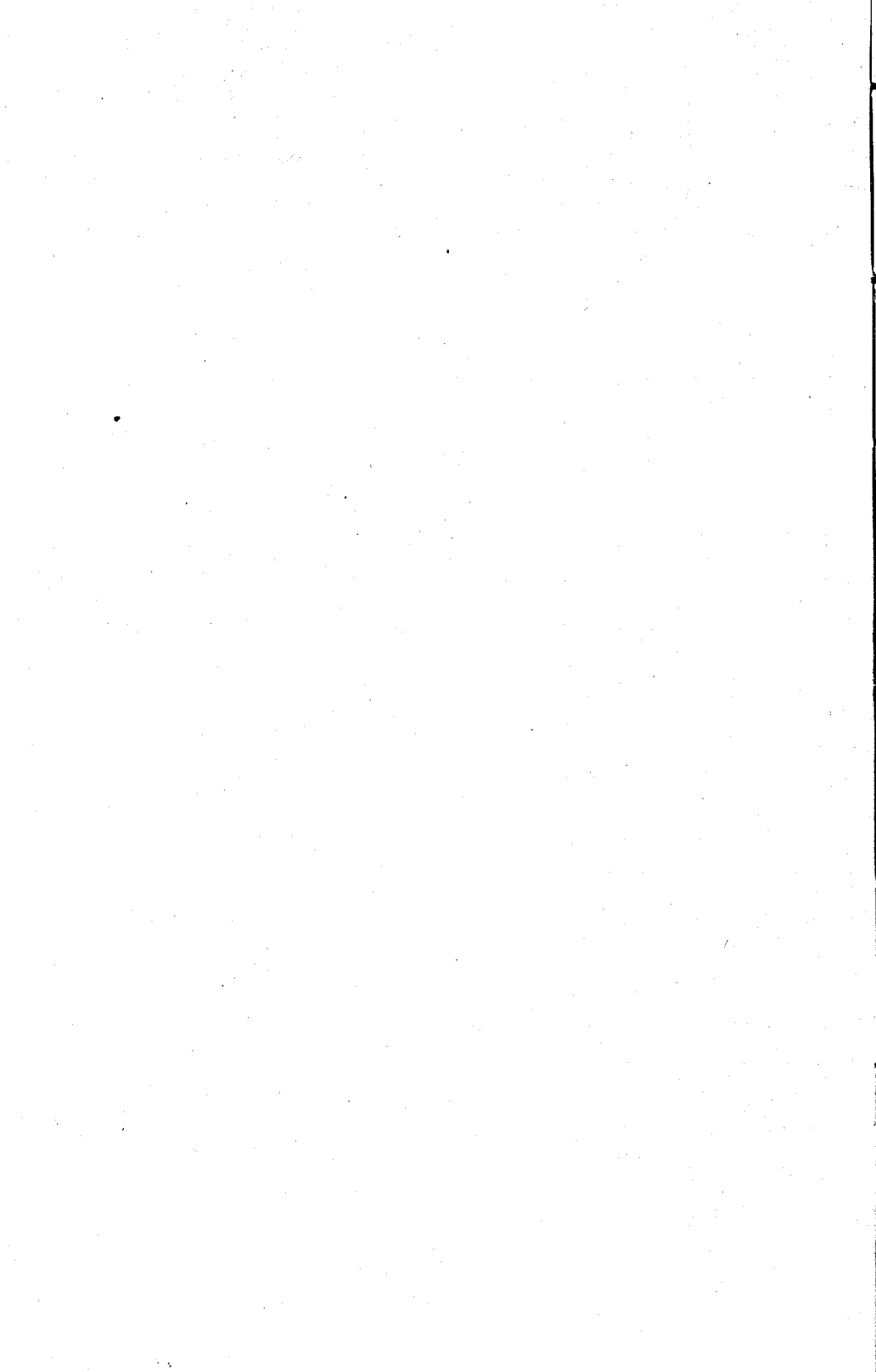
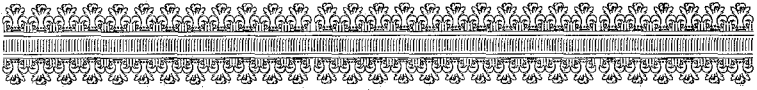


El retrato de Don Quijote.

Por Enrique de Mesa.





EL RETRATO DE DON QUIJOTE

SEÑORAS Y SEÑORES:

Hasta la fecha, ningún artista acertara con la expresión del Ingenioso hidalgo. Maestros del pincel y del lápiz estrelláronse ante la figura de Don Quijote. Ateniéndose á las palabras de Cervantes, todos le representaron como hombre de complexión recia, seco de carnes y enjuto de rostro; pero nadie supo infundirle el espíritu caballeresco y noble, que en generoso desvarío sembrara el bien y distribuyera la justicia por las llanuras manchegas.

Pintáronle unos en el alborear de su gentil locura. En el silencio de la casa aldeana, el buen Quijano dáse á leer los libros de caballerías. Palmerines y Belianises, con sus quiméricas aventuras, tejen la red de ensueño que ha de aprisionar el juicio del hidalgo razonador y prudente. Por la ventana de cuarterones penetra, en raudales de luz deslumbradora, el sol de la Mancha. Con moho de olvido y herumbre de abandono, en un rincón yacen las viejas armas —el espaldar y el peto, el lanzón, la espada.—Aún Sancho cultiva su pegujal y el rocín manso se emplea en los humildes menesteres de la vida labriega.

Dibujáronle otros en los más peligrosos empeños de sus andanzas locas.

Ante los cabreros, que atónitos le escuchan, Don Quijote rememora aquellos dorados siglos en que no había tuyo ni mío, mientras que Panza embaula tasajo y da tientos al zaque. Un ventero, maleante y pícaro, le administra la pescozada y el espaldarazo; una moza del partido le calza la

espuela, otra le ciñe la espada. Las aspas de un molino—desaforado gigante—le derriban maltrecho. Y al vencedor de caballeros, mozos de mula le dejan sobre el campo molido como cibera.

Don Quijote convierte en teatro de su locura la desolada y triste meseta castellana.

Abre la jaula de los leones, espera á pie firme, y los leones no salen, admirados tal vez de la inconcebible braveza de aquel hidalgo de figura tristísima, de mal semblante y de peores armas; ejerce la justicia y libra del peso de la cadena á los galeotes. Es á ratos legislador admirable; á veces, filósofo profundo; poeta, siempre.

Casto en sus amores, una sola mujer ilumina su espíritu, como estrella que le marca el rumbo en el peligroso mar de sus aventuras; en la pelea duro, no debilita la molicie su cuerpo, ni con el miedo blande su alma. Loco sublime, que en amparar y proteger á quien creía falto de fuerzas, menesteroso y desvalido, emplea el incansable empuje de su brazo.

Y por respeto á su valor, por miedo de su lanza, acaso por compasión de su triste estado de locura, nadie se atreve á cruzarse en su camino ni á estorbar sus empresas.

Un descalabro, padecido por debilidad de su caballo, que no por flaqueza de su aliento, le recluye en la aldea manchega, en el nativo solar. Sintiendo la nostalgia de las armas brota la tristeza; medita, acaso para alivio de ella, hacerse pastor; con el desfallecimiento la pesadumbre crece y recobra la razón para morir.

Y entonces, cercana la hora de la muerte, cuando el socarrón bachiller intenta en vano reanimar el abatido espíritu del hidalgo cuerdo, trayéndole á la memoria remembranzas de las aventuras del hidalgo loco, el buen Quijano, el vencido Don Quijote, pronuncia sus palabras de más intensa, de más punzante y honda melancolía.

«En los nidos de antaño, no hay pájaros ogaño.» Asqueadas de la razón, que induce á respetar injusticias y engaños, las águilas generosas de su locura remontan el vuelo. Quedan los nidos fríos, silentes, sin tibiezas de plumas, sin rumores de alas. ¿Y, por ventura, donde anidaron locas,

altaneras águilas, pueden anidar el ocio vano, la pereza, la rapacidad, la hipocresía, el egoísmo, humildes pájaros del juicio sosegado y del razonar sereno?

Tales sentimientos—aves que vuelan á ras del terruño—hallarían natural acomodo en cerebros de hidalgos hambrientos, de monarcas devotos, de soldados crueles, de inquisidores y de frailes; nunca en el cerebro de un caballero que, como Cervantes, digo, como Don Quijote, saliera á los campos de la vida para combatir con armas arrumbadas y herrumbrosas, los vicios de su época.

Al llegar á este punto me ocurre que quizá os preguntéis, extrañados, la relación que guardan con el retrato del inmortal manchego estas sus hazañas y aventuras.

Pues oid lo que á este propósito, en un ensayo iconológico del *Caballero de la Triste Figura*, dice el original talento de Unamuno:

«La fuerza de la verdad de Don Quijote está en su alma, en su alma castellana y humana, y la verdad de su figura en que refleje esta tal alma.» Pero ¿hemos de sacar de su alma su semblante ó de su semblante su alma?, preguntará alguien, añadiendo que de los rasgos de su fisonomía y caracteres físicos podremos, mediante su temperamento, vislumbrar algo más de la verdad de su alma. A lo cual contesta el mismo Don Quijote, al describir (en el capítulo primero de la segunda parte) las facciones de Amadís, Reinaldos y Roldán, que «por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar en buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas».

El pintor que quiera, pues, pintar á Don Quijote en buena filosofía quijotesca, ha de sacar de sus hazañas y condición sus facciones, su color y su estatura, sirviéndose de los datos empíricos que Cide Hamete nos proporciona como de comprobante á lo sumo. Para conseguirlo ha de descubrir el pintor su alma, siendo el medio el que, inspirado por aquellas estupendas hazañas y sublime condición, desentierre de su propia alma el alma quijotesca, y si por acaso no la llevara dentro, renuncie desde luego á la empresa guardada para otro, teniendo en cuenta aquello que dijo el mismo Don Quijote:

«Retrátame el que quisiere, pero no me maltrate; que muchas veces suele caerse la paciencia, cuando la cargan de injurias.»

Retratar á Don Quijote sin maltratarle es vestir su alma con cuerpo individual y transparente, es hacer simbolismo pictórico en el grado de mayor concentración y fuerza en su hombre símbolo. Y para hacer esto, hase de buscar el alma del hidalgo manchego en las eternas páginas de Cide Hamete, pero también fuera de ellas. Don Quijote vivió y vive fuera de ellas, y el pintor español digno de retratarlo puede sorprenderle vivo en las profundas honduras de su propio espíritu, si busca en él con amor y lo ahonda y escarba con contemplación persistente.

Cide Hamete no hizo otra cosa que trazar la biografía de un ser vivo y real; y como hay no pocos que viven en el error de que jamás hubo tal Don Quijote, hay que tomar el trabajo que se tomaba él en persuadir á las gentes de que hubo caballeros andantes en el mundo.

Hay mucho de cierto en lo que Unamuno dice. Don Quijote no es una idea abstracta; es un hombre que vive y siente; pero se adentra en nuestros espíritus por prestigios del suyo, y ha de ser el cuerpo á modo de transparente cárcel y diáfana envoltura. En toda empresa, desgraciada ó próspera, en todo lance, de llanto ó de risa, asoma al rostro un gesto del alma, que imprime sello ó deja huella.

Seguir á Don Quijote, paso á paso y con detalles, en los bizarros empeños de su vida loca, sería ocioso y hasta inútil. Y, sin embargo, no puedo sustraerme al deseo de citar un pasaje de soberana belleza.

Es el momento único en que el rostro del hidalgo, aquel rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, refleja el desencanto.

Al caer la tarde, Don Quijote y Sancho columbran el lugar donde habita la Dulcinea del nombre músico y peregrino. Bajo el verdor austero de unas encinas, que con sus rotundas copas rompen la monótona aridez del llano, amo y mozo esperan la muerte del día. La noche llega, entrecleara, solemne. El pueblo está en sosegado silencio, los vecinos duermen y reposan, los perros ladran. De cuando en

cuando rebuzna un jumento, gruñen cerdos, mayan gatos. Y durante la noche, caballero y escudero van, vienen, tornan y buscan en vano, entre las viviendas humildes de las Aldonzas que ahechan trigo, el ensoñado alcazar de la Dulcinea que ensarta perlas. Al punto de romper el día topan con un labrador que va á la labranza. Conduce la yunta de sus mulas, que arrastran el arado, y canta un romance añejo.

¡Qué plasticidad, qué fuerza evocadora del amanecer aldeano en las palabras sobrias de Cervantes!

Sorprendidos del sol, tornánse Don Quijote y Sancho á emboscar en la floresta. Industriado por los encantamientos y fantasías de su señor, el buen Panza finge un engaño. Y hé aquí que la princesa su ama y dos de sus doncellas, vienen gentiles sobre tres hacaneas, blancas como el ampo de la nieve. Sancho las ha visto. Todas son un ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento.—¿Véíslas, señor?—pregunta el villano. Y el caballero, que en toda ocasión tomara por castillos las ventas, por yelmos las bacías y por cendales finísimos toscas arpilleras, contesta:

—Yo no veo, Sancho, sino á tres labradoras sobre tres borricos.

¡Suprema ironía! Don Quijote, aporreado, maltrecho, vencido, por proclamar la sin par hermosura de Dulcinea, la vez primera y única que ante sus ojos pasa, la ve, no gallarda, atildada y pulida doncella, sino rústica moza, cariredonda y chata; no con fragancia suavísima de ámbar y flores, sino con cierto olorcillo villanesco de ajos crudos. Y la ilusión, reducida al mal talle de una labriega zafia por los encantadores, sus enemigos envidiosos, cruza y se pierde al galopar de la borrica en la tolvanera del camino. Pero ni en el amanecer de su desvarío, ni al culminar en el meridiano su locura, ni en los linderos de la muerte, acertaron nuestros artistas con la representación de Don Quijote. No pudieron los trazos del pincel ni los rasgos de la pluma encerrar en la cárcel del cuerpo el alma del manchego loco. Acaso porque vive en todas las imaginaciones, no

puede brotar de una sola. Y es que nunca vimos asomar á humanos ojos espíritu tan alto y generoso, y jamás tales sentimientos y anhelos de bien y de justicia vivieran hermanados haciendo latir un corazón de hombre.

¿En qué líneas pueden encerrarse, qué pinceladas darán la expresión al rostro la gallardía al continente?

Yo juzgo estéril y vano cuanto se haga en este sentido. Cervantes llevó á su libro un hidalgo de carne y hueso; pero su figura, como todas las humanas figuras ensalzadas y encumbradas por la consagración de la posteridad, amadas en su vivir centenario por el renovado amor de las generaciones que se suceden, se sutiliza, pierde concreción y contorno, y se esfuma y funde en una atmósfera de idealismo, adonde no alcanzan ni el pincel ni el lápiz.

Sírvennos las escenas pintadas del *Quijote* para conocer otras figuras y otros tipos, producto de la observación de Cervantes en su existencia pobre y azarosa. El ventero, socarrón y ventrudo, la sucia maritornes, el barbero y el cura, los galeotes y los yangüeses, viven en los lienzos, aunque no con la intensidad y justeza que en las palabras de Cervantes. Son almas vulgarísimas, espíritus petrificados ó movidos de groseros estímulos, de ruindad y de baja-za. Y ¿quién no recuerda de unos ojos que trasluzcan villanos egoísmos, de un rostro que encubra deslealtades, de unos brazos que arrojen piedras contra aquel que su libertad les proporcione?

En el curso de la vida tropezaremos con sentimientos é ideas de venteros y maritornes, de galeotes y yangüeses; pero nunca, ni á ojos de cuerdo ni á mirar de loco, veremos asomar el espíritu que, con pago de burlas, de pedradas y de coces, defienda á los menesterosos y ampare á los desvalidos.

Al hablar de las pinturas del *Quijote* surge el nombre de un pintor, acaso el único que habría podido acertar con la representación intensa y precisa de los personajes del libro.

Hubo por aquella época un alma artista, gemela del alma de Cervantes y un pincel hermano de su pluma: el pincel y el alma de D. Diego Velázquez.

Si los azares de la suerte—en la ironía perdurable—que hicieron de Cervantes un alcabalero y un soldado, un caminante de todos los caminos, pasajero en ventas y habitador de cárceles, no hubieran recluído á Velázquez entre los muros de un palacio, á buen seguro que los tipos que en las páginas del manco glorioso viven con acción y verbo, vivirían en los lienzos con color y línea.

Mirad el hombre que vende agua y la vieja que fríe huevos, los cuadros pintados en su vida libre y pobre de Sevilla, en contacto con hidalgos y rufianes, en roce con gente maleante y pícara; ved, en *Los Borrachos* mismos, ese grupo de hampones beodos de rostros pardos, de capas pardas, con el color que en las tierras, en las casas y en los hombres imprime este sol bendito de Castilla, y decidme si el pincel que tales figuras trazara no habría podido trasladar al lienzo el patio entero de Monipodio.

Pero la protección de un Monarca, de espíritu tan generoso y amplio que le incluyera en la nómina de sus barberos, sometió el genio vigoroso y la visión realista del pintor sevillano á servidumbre palatina. Su pincel empleóse en copiar inexpresivos rostros de príncipes decadentes, degeneraciones y deformidades de bufones y enanos.

Velázquez vió á los hombres como Cervantes, definidos, concretos, en la atmósfera que á todos nos rodea, sobre la tierra que pisamos y bajo el sol que nos curte.

Rodando por la vida, hubiera encontrado iguales modelos, dignos de los cálidos colores de su paleta.

Este ventero que le sirve es el mismo socarrón ventero, no menos ladrón que caco, que lleva la boca abierta por hurtar el aire, como el D. Gregorio de Guadaña de la novela picaresca, y que á Don Quijote le iniciara en la alta orden de caballerías; estas distraídas mozas, que con arrieros conciertan sus gustos, son de la condición misma que la Molinera y la Tolosa, piadosas mujeres que al manchego sirvieron como jamás fuera servido caballero andante; aquella farándula que á la sombra de una encina del largo viandar descansa, durante el calor de la siesta, es la misma farándula de Angulo el Malo, que en la octava del Corpus representaba el auto de *Las Cortes de la Muerte* y recorría

los lugares recitando loas y pasos de Lope de Rueda ó de Torres Naharro. Los hombres que entre hierros, ensartados como cuentas, arrastran por el polvo de los caminos sus lacerías y lacras, son galeotes prontos á pagar beneficios con pedradas; el villano simple, de decir refranero, que va sobre su rucio como un patriarca, con sus alforjas y su bota, es un Sancho dispuesto á enfrenar idealismos. Y acaso en el fondo de algún caserón vetusto, en Esquivias, en Argamasilla, en La Solana, sosteniendo la vanidad ociosa con yantar de duelos y quebrantos, ó por los rastrojales de la Mancha siguiendo un vuelo de perdices, topara el artista con algún hidalgo cincuentón, seco de carnes y enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza.

Velázquez pudo retratar al buen Quijano; el espíritu de Don Quijote quizás sólo algo lo evocan esos cetrinos caballeros del Greco, cuyos ojos traslucen el alma atormentada de la época.

La figura del ingenioso hidalgo es incopiable desde que su sinrazón le hace salir por vez primera al llano de Montiel.

Antes del día, por la puerta falsa del corral, Don Quijote sale al campo. Abandona el vagar y el reposo de su vida de hidalguelo pobre por la dureza de su profesión de andante caballero. Su mirada, lejana y recta, de hijo de llanura, se pierde como un surco de la tierra en los horizontes azules. Allá, en la planicie de la Mancha, hay gente que llora desventuras, viudas y huérfanos que reclaman el vigoroso empuje de su brazo. Don Quijote se afirma en los estribos, empuña la lanza, y el rocín manso trota como corcel de guerra.

En aquel instante ¡cómo brillarían los ojos del hidalgo!

Jamás artista alguno acertará á dar al rostro seco y al cuerpo flaco la expresión de aquella su gentil locura.

HE DICHO.
